
Quitar la ocasión de que algún otro autor
que Cide Hamete le resucitase falsamente,
y hiciese inacabables historias de sus hazañas,
Cervantes, *Quijote*, II, LXXIV.

Líbreme Dios de meterme a contar
sucesos que al puntualísimo historiador
de Don Quijote se le hubiesen escapado, Unamuno,
Vida de don Quijote y Sancho, LXXIV.

Sabemos que la propuesta estética del *Quijote* es parodiar los libros de caballerías: “todo él es una inventiva contra los libros de caballerías” para “deshacer su autoridad y cabida” (1Q, Prólogo). Pero la puesta en escena de este procedimiento paródico sirve para activar en el texto una serie de programas que reivindica proyectos y propósitos político, ético y estético que dan al traste con lo esperado por su creador: la lucha contra los monstruos de la razón y la percepción estática del mundo se mezcla con la lucha por los menesterosos, huérfanos y desfavorecidos de la sociedad y con la oferta de una literatura que, en lugar de edificar y adoctrinar, recupere y promueva todas las facultades de sus lectores imaginativos y creativos. De querer “poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías” (2Q, 74), el *Quijote* se ha convertido en símbolo de la libertad, de la imaginación y de la creatividad en una sociedad dominada por el racionalismo positivista y mercantilista²: el querer hacernos abominar los textos que dieron origen a la utopía de Alonso Quijana nos ha devuelto y dejado con la misma utopía de devolverle al mundo esa otra parte que le ha sido negada por quienes sólo exigen pruebas tangibles, sonantes y contantes.

El creador aprovecha el material legado por la tradición literaria para construir un mundo y unos personajes que con sus composturas, palabras y acciones someten a sus modelos a un rebajamiento paródico, vuelven el mundo al revés y hacen posible la reversibilidad de la percepción de la realidad y la caída de los valores vigentes: la locura del personaje se convierte en una espada de doble filo que sirve abrimos paso en una sociedad cerrada y destapara toda la vida de que nos estábamos perdiendo alejados de los libros. La poética de base de la que parte el creador es la imitación paródica de modelos consagrados y el cuestionamiento de toda literatura sujeta a un principio racional-didáctico que cancele la fantasía, la imaginación y la creatividad tanto del productor como de los lectores. Esto es claro en la confrontación del Canónigo y el Cura contra don Quijote: los primeros defienden una literatura y una lectura al servicio de la salvaguarda de los valores y de las verdades vigentes, mientras que don Quijote lee con lineamientos menos ortodoxos, comprometido con el aquí y el ahora de los otros en su mundo: su lectura circunstancializa. La parodia de los libros de caballerías nos termina de ofrecer un nuevo modelo para el que no importa la edad ni las facultades físicas ni mentales para poder encarnar el ideal ético, estético y político de los caballeros andantes.

¹ Publicado en *El Quijote entre nosotros* (San José: Ministerio de Cultura y Juventud, 2006) 179-180.

² Aquí en Costa Rica recordamos el cuento de Carlos Gagini “Don Quijote se va” como una pieza que escenifica la derrota de los valores de la ética caballeresca y el triunfo de los valores del mercantilismo capitalista: el reinado de don Quijote da paso al de Sancho Panza, el corazón cede ante el estómago.

Paradójicamente, el creador no es capaz de sostener su proyecto inicial, ya que en la segunda parte condena y censura el hecho de que sus propios héroes parodiadores sean objetos de parodia en el *Quijote* de Fernández de Avellaneda: pese a que el “Prólogo al lector” advierta que no existe ninguna venganza contra Avellaneda, allí mismo se dan pistas al lector para que lo descalifique como falso y mal intencionado historiador: “no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad”. Esta segunda parte no se limita sólo a exaltar la popularidad de la primera parte de la novela, sino a defender la originalidad de la historia de sus personajes en contra de la versión de Avellaneda: encontraremos una especie de lucha por la primicia y la exclusividad de la historia de don Quijote, razón por la cual el creador-parodiador de las imágenes cervantinas modélicas será convertido en objeto de rebajamiento moral, ético y estético por parte del creador-parodiador inicial de los libros de caballerías. Esto es claro en la supuesta visión que tuvo Altisidora de unos diablos que ojean-hojean libros en el infierno, donde encuentran una versión del *Quijote* de Avellaneda:

A uno dellos, *nuevo, flamante y bien encuadernado*, le dieron un *papirotazo*, que le *sacaron las tripas y le esparcieron las hojas*. Dijo un diablo a otro: “-Mirad qué libro es ése”. Y el diablo le respondió: “-Ésta es la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas”. “-Quitádmelo de ahí –respondió el otro diablo–, y *metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos*”. “-¿Tan malo es? –respondió el otro”. “*Tan malo* –replicó el primero–, *que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertaría*” (2Q, 70. Los destacados son míos, excepto el título del volumen).

Préstesele atención a la descripción física del volumen, a lo insuperable que es en cuanto a su mala calidad y al destino que se tiene merecido: *los abismos del infierno*. Nótese cómo se hace contrastar la parte exterior, la apariencia de *nuevo, flamante y bien encuadernado*, con la parte interior, las *tripas* o lo desagradable. La mala calidad estética del texto se cifra en la imposibilidad de que alguien pueda hacer una imitación tan pésima. El hecho de que sean los diablos los lectores y críticos del texto de Avellaneda pone de relieve la condena moral, ética y estética de la obra. No sucede así cuando se habla de la buena aceptación, gusto y complacencia de quienes han leído la Primera parte de la historia de don Quijote, cuyo autor es Cide Hamete: mientras que el texto de Avellaneda es condenado hasta por los mismos diablos, el de Cervantes goza del “general aplauso de la gente” (2Q, 32). Para reafirmar el rebajamiento de uno y la exaltación del otro, el narrador pone en boca del mismo Don Quijote estas palabras: “*no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano; pero no para en ninguna, porque todos le dan del pie*” (2Q, 70. El destacado es mío). La singularidad de la historia cervantina y la preferencialidad de que goza, contrasta con la falta de originalidad y de poca aceptación que padece la versión de Avellaneda.

Esta disputa adquiere su clímax en el capítulo final con el testamento de don Quijote y el cierre definitivo del narrador. Don Quijote hace testamento después de pasar de la locura a la cordura, cuando está a punto de pasar de la vida a la muerte: “Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías”. En dicho testamento prohíbe a su sobrina casarse con alguien que conozca libros de caballerías so pena de quedar sin herencia. Una vez muerto el héroe, el cura es quien anuncia que Alonso Quijana pedía en su testamento “*quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete le resucitase falsamente, y hiciese inacabables*

historias de sus hazañas” (2Q, 74. El destacado es mío). Es así como, para redimirlo y librarlo de futuros escarnios paródicos, el narrador decide eliminar a don Quijote³.

Esta actitud no sólo tiene repercusiones a nivel estético, sino también a nivel político y ético. *Estéticamente*, el cierre de la novela no sólo contradice su propio motor generador, sino que también desaconseja la imitación paródica como principio de creación de un texto. *Políticamente*, supone que no es válido echar mano del mismo procedimiento para posicionar a un héroe: el reconocimiento público de los seres de papel no debe hacerse a expensas de otro que ya esté en la mente de los lectores (Idéntico proceder esgrime la potencia más poderosa de la tierra: a nadie, a ningún pueblo, se le permite proceder del mismo modo que lo ha hecho y hace el invasor y expoliador de naciones). *Éticamente*, la actitud del narrador supone condenable e inimitable la iniciativa del generador del texto, cuestión que evidencia en él una falta de autocrítica. ¿Cómo es posible que un lector imaginativo y creativo, al quererse vengar de su adversario estético, lo haga también contra quien lea imaginativa y creativamente?; ¿por qué el lector tiene que pagar las diferencias estéticas ente Cervantes y Avellaneda?

La actitud del narrador es todavía más directa en relación con la disputa estética contra Avellaneda. En este cierre adquiere completo sentido el recurrido artificio de acusar a los encantadores envidiosos de trocar todo en la versión contraria a la esperada por el héroe. Un ejemplo es la pérdida de la hermosura de Dulcinea (transformada por los encantadores en una rústica y ordinaria aldeana), equiparable con la pérdida de la hermosura de la historia original de Cide Hamete en la versión del envidioso historiador Fernández de Avellaneda: si aquellos despojan a Dulcinea de todos sus encantos, este nuevo historiador despoja a una obra maestra de todos sus atributos, al trocar lo bueno en malo. Para evitar que siga sucediendo esto, el narrador cede su discurso al autor original de la historia de don Quijote, Cide Hamete, quien a su vez recomienda a su pluma que no se deje usar por “presuntuosos y malandrines historiadores”, de quienes debe rehuir diciendo:

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del *escritor fingido y tordecillesco* que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir *con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada* las hazañas de mi valeroso caballero, porque *no es carga de su hombros, ni asunto de su resfriado ingenio*; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que *deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, ... imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva* (2Q, 74. Los destacados son míos).

De nuevo se resalta, no sólo la *exclusividad* del historiador de las aventuras de don Quijote, sino también la *superioridad* de este sobre cualquier otro. Ambos elementos, íntimamente imbricados, coadyuvan en el desprestigio del *otro*. El creador de la verdadera historia de don Quijote ha escogido a alguien que cuente dicha historia; ese privilegio ha recaído sobre Cervantes (perdónenme la equiparación entre autor y narrador) y no sobre Fernández de Avellaneda, quien, además de atrevido, aparece descalificado moral, mental, creativa y físicamente, razón por la cual no es apropiado-apto para cargar con semejante empresa estético-literaria. Al declarar muerto a su héroe, el narrador pretende clausurar el texto y todos sus programas narrativos. Esto, como hemos adelantado, tiene serias consecuencias ética y estética, en lo referente a la lectura y a la escritura. Está vedado para los futuros retomar historias que

³ Idéntico procedimiento pretende utilizar Unamuno en *Niebla*, pero el personaje se le rebela y se libera de los planes criminales de su creador: al reclamar su propia autonomía, el personaje de esta novela ha comenzado a vivir otra vida, otra ficción. La vida de Don Quijote también le viene de la ficción, de la locura. Apenas vuelve a la realidad, a la cordura, muere: “Morir cuerdo y vivir loco”, reza el epitafio que compuso Sansón Carrasco (2Q, 74).

otros hayan planeado en sus héroes. Lo paradójico es que, siguiendo el consejo de Aristóteles sobre que el poeta puede inventar por sí mismo fábulas nuevas o usar con discreción las ya recibidas (*Poética*, III, 14), Cervantes no está dispuesto a que otros lo retomen y censura la actitud de Fernández de Avellaneda⁴. El epígrafe de Unamuno, colocado al inicio, materializa la actitud de Cervantes y no la de su contendiente. ¿Qué hubiera dicho Borges, un lector-escritor tan asiduo a desconstruir modelos y que tanto amor tuvo por el *Quijote*?

⁴ Recuérdese lo que al respecto señalaba Horacio: “Un asunto común, tratado ya por otros, lo puedes tratar tú también, y será como cosa tuya si lo hicieres sin trivialidad, sin andar a rastras del autor y sin que pusieses tu empeño, como un servil copista, en seguirlo palabra por palabra” (*Arte poética*, XI).